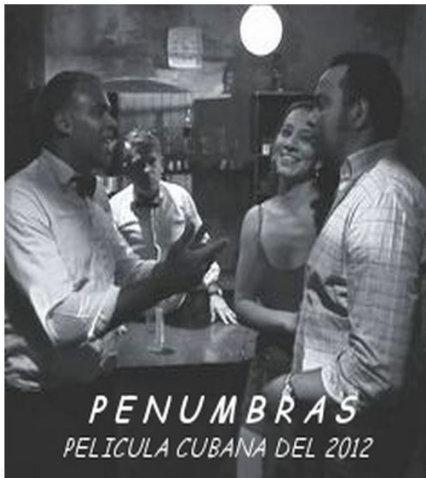


**EN PENUMBRAS LA INSERCIÓN DEL DEPORTE EN LA COTIDIANIDAD
ARTÍSTICA NACIONAL****SEMIDARKNESS IN THE SPORT INSERTION IN THE NATIONAL ARTISTIC
DAILY LIFE****AUTOR:** M. Sc. Rafael A. Bernal-CastellanosFacultad de Cultura Física “Nancy Uranga Romagoza”; Pinar del Río
Correo electrónico: castellanos@fcf.vega.inf.cu

Sin grandes despliegues técnicos ni suficiente divulgación, al extremo de no

haber sido vista oficialmente aun en algunas provincias, en las salas de cine cubanas se exhibió a fines del 2012, la producción *Penumbras*, una coproducción de RTC Comercial y la Tv Cubana con colaboración del INDER y el ICAIC.



La obra, bajo la dirección de Charlie Medina y las actuaciones de Omar Franco, Tomás Cao, Ismercy Salomón y Omar Alí, está basada en una pieza teatral de Amado

del Pino titulada *Penumbras en el noveno cuarto* sobre la cual el guionista Carlos D. Lechuga desarrolló su labor.

Salvo la mención al INDER en los datos anteriores no se advierte nada que pudiera hacer pensar la presencia en ella de elementos de la cultura física, y mucho menos del béisbol; sin embargo la cinta resulta uno de los trabajos más significativos donde se aprecie el vínculo del deporte con la cultura nacional a través de su incidencia en la cotidianidad del ciudadano común, aunque no se pueda decir lo mismo de su calidad como producto estético terminado.

Mas ajustándonos al interés de sus planteamientos vale la pena apuntar algunos datos que consideramos de especial atención para valorar cuánto ha aportado el deporte a los paradigmas sociales y cuánto le falta a nuestra producción cultural, en el más abarcador sentido del término, para reflejar esa integración que la llamada, a veces despectivamente, “cultura popular” ha logrado con el quehacer deportivo y sus figuras conocidas.

Estructurada a partir de 9 «innings» la peripecia de la obra transcurre fuera del terreno deportivo, en este caso de los stadiums, pero eso no implica que esté lejos de lo que en ellos sucede pues aborda el que quizás sea el punto más álgido para cualquier deportista de cualquier manifestación : ¿Qué hacer cuando llega el final como figura? ¿Quién soy cuando aparecen nuevas caras? ¿Cómo enfrentar la retirada?

Asumido desde la persona de un lanzador con el sugestivo nombre de Lázaro Prado —interpretado por Tomás Cao— el dilema de reconocer que ya no soy quien fui, encuentra su viaje a la semilla en el oscuro, ruinoso y poco ético ambiente de una “posada” a punto de ser clausurada donde laboran dos seres que han visto pasar sus mejores épocas y sólo pueden malamente compartir el hábito de colocarse en las noches “los espejuelos de palo” para atisbar las intimidades de los fugaces huéspedes.

Es en ese entorno donde la figura de un “pitcher” de la dimensión de Lázaro Prado perfila su dimensión como paradigma popular; su físico, familiar pero irreconocible para quien lo ha visto solo desde la pantalla de un viejo y defectuosos televisor en blanco y negro, despierta en un humilde empleado post delincuente y aficionado a drogas caseras un universo de sensaciones y sentimientos que se inician con un completo recorrido por todos los records y actuaciones y lo llevan hasta favorecerle la ocupación ilegal de una habitación para que pueda iniciar una nueva etapa en su vida.

Si significativo resulta la enumeración anterior más interesante es que todo el victorioso historial del atleta se muestre en los momentos en que el otrora campeón intenta mostrar su virilidad ante una amante comprensiva que quiere ayudarlo pero que no puede quitar de la mente de su pareja que ya no lo llaman

para los juegos difíciles. El contrapunto pasa casi inadvertido entre situaciones semi eróticas y comentarios jocosos, pero el valor del paralelo es notable: hay registros que no se olvidan aunque ya no se pueda casi ni “comenzar el juego”.

De igual modo el personaje de la eterna enamorada que comienza deslumbrada por el notable deportista y termina siendo refugio y estímulo para nuevas etapas es adecuadamente resuelto por Ismercy Salomón aunque por requerimientos de guionista y director deba aparecer en algunos desnudos que no aportan más que el contraste de su piel con el oscuro ambiente donde se desarrollan. Retrato de tantas mujeres admiradoras casuales de deportistas triunfadoras deviene personificación de esa necesidad de un entorno familiar favorable y unido que es necesario para emprender ese duro momento del adiós al terreno, no importa cuántos errores haya cometido ella misma, ni cuantas ocasiones dejó pasar, esa dedicación y esa confianza en el que se siente solo es un punto de giro para que la cinta vuelva hacia el vínculo que el deporte establece con la sociedad desde los más diversos espejos.

Es cierto que entre las limitaciones de la cinta se encuentra la despersonalización del entorno humano que transcurre, las multitudes sólo se aprecian en el estadio; la ciudad, vista desde los techos del barrio Colón en La Habana, solo muestra ruinas y viejas glorias a punto de caer haciendo más oprobioso el dilema del hombre que “ya no rinde”; tal vez las necesidades dramáticas originales de la pieza justifiquen esos entornos despoblados y decadentes pero la transcripción al cine requiere más seres en el entorno para que todo no quede como una fábula o una pesadilla, de igual modo la división en “innings” de la obra resulta innecesaria pues ni llega a lograr el extrañamiento brechtiano ni aporta nada a una ambientación que ya está lograda desde los minutos iniciales.

No obstante estos y otros detalles técnicos y argumentales que no es de utilidad referir, lo cierto es que se logra en esta cinta comprender mejor uno de los elementos por los que el deporte, no importa cuál, se integra al colectivo humano que lo disfruta, no sólo como protagonista, espectador o conviviente, y se hace parte de la vida; sin hacerlo explícito esta pieza cinematográfica refleja que dada

biografía es un tope de fuerzas y que llegado el momento final no importa tanto el registro de los tantos como la capacidad para jugar cada tiempo del encuentro y las habilidades demostradas en el tope.

Ciertamente todos aspiramos que un film cubano recoja con calidad técnica y artística y sin desmedro del acto deportivo el profundo valor humano, social e histórico que tiene la práctica del deporte; pocos han sido los deportistas cubanos que se han visto reflejados en las obras de arte y el cine es prueba de ello; pero tampoco se pretende que la obra que lo refleje sea una loa a toda voz mostrando el lado triunfal de la medalla, hace falta que la expresión artística que lo haga recoja momentos como aquel en Lázaro Prado es sustituido por una estrella naciente con quien comparte el cuarto de hotel y a quien tiene que pedirle, como humillante favor, que lo deje un tiempo solo con la mujer que ama; no porque sea placentero ese instante sino porque es real, como lo son tantas otras limitaciones que tienen esos hombres y mujeres que salen a alegrar corazones y formar ideales humanos cada día al terreno tanto aquí como en otras tierras, figuras que siguen en penumbras y temen que a pesar de todo lo que hicieron les envuelva la oscuridad y el abandono cuando inevitablemente tengan que entregar el batón a los que vienen detrás llenos de vitalidad y rendimientos.

Ese es el valor que debe señalársele a esta cinta, tal vez ni siquiera pretendido por su autor primario ni por los que la llevaron al cine, pero logro en fin por el que es preciso seguir luchando; si queremos seguir siendo un pueblo culto no podemos dejar que las penumbras esperen a nuestros atletas, aprendamos a exaltarlos a su sitio de luz que el Olimpo popular ya les otorgó.